

ESTADOS UNIDOS

EN LA VIDA REPUBLICANA DE CENTROAMÉRICA

Rafael Cuevas Molina

Hay una constante que ha pesado siempre en el devenir centroamericano: su posición geográfica. No hablamos sólo del período republicano, es decir, de la independencia hasta nuestros días sino, en general, de toda su historia. Por un lado, ser estrecho puente que une y, a la vez, separa las dos grandes masas continentales del norte y del sur; por otro, ser dique entre el Océano Pacífico y el Atlántico; ser barrera, istmo. Antes que ser humano alguno hollara sus tierras, su ubicación geográfica ya determinaba rasgos que la caracterizarían y diferenciarían del resto del continente. Siendo puente, especies vegetales y animales encontraban a través suyo la forma de transitar de sur a norte y viceversa, pero también de *convivir* como no lo hacían en sus respectivos hábitats norteños o sureños.

Por otra parte, en Centroamérica se extinguen especies que no reaparecerán en el sur, o del sur que no reaparecerán en el norte. Una zona especial para tal tipo de extinciones es la depresión del lago Cocibolca, también conocido como Gran Lago de Nicaragua. Los grandes bosques de coníferas que pueblan gran parte de los montes de las alturas mayores a los 1000 metros en el norte del continente, por ejemplo, desaparecen en esta depresión; al otro lado, cuando el territorio vuelve a ganar altura y el lago deja de ser un obstáculo, las coníferas se convierten en especies exóticas que sólo existen ahora por haber sido introducidas artificialmente por la acción humana.

Una vez presente el ser humano, su forma específica de existir en el mundo, es decir, su cultura, también se vio afectada por esta transitividad de la región. En el norte, el espacio civilizatorio mesoamericano, con todas sus expresiones culturales particulares, la cultura náhuatl, los toltecas, los olmecas, los mayas. En el sur, las culturas chibchoides, que poblaron los ubérrimos bosques del sur de Costa Rica, Panamá, Colombia, y que colindaron con el espacio civilizatorio andino quechua. En el norte las grandes construcciones piramidales sobresaliendo entre la floresta que como mar se extendía sobre las planicies de Yucatán, de Belice, de Guatemala, colindando con las transparentes aguas del mar Caribe. En el sur la filigrana del oro, la fraternización con la naturaleza, las casas cónicas de techo de palma, frescas entre la humedad y el calor de la selva.

En Centroamérica las culturas del norte y del sur se tocaron las manos, convivieron durante miles de años, se

mezclaron e influyeron mutuamente. Durante todo ese larguísimo período que dura más de 12,000 años, antes de la llegada de los europeos a nuestras costas, lo que hoy denominamos como Centroamérica fue puente y no barrera, porque quienes aquí vivían sabían que era una estrecha faja que se cruzaba a pie entre el follaje en unos cuantos días. Fue con la llegada de los europeos, obsesionados con encontrar un paso que evitara las largas travesías hasta el Cabo de Hornos y el estrecho de Magallanes, que Centroamérica fue entendida como istmo, es decir, como barrera que no permitía, aunque los tuviera a mano a ambos, el paso del Pacífico al Atlántico y viceversa.

Cuando el gallego Vasco Núñez de Balboa vio por primera vez en 1513, llegado desde la costa del Caribe, el Océano Pacífico, nació para Occidente una de las obsesiones que mayor persistencia han tenido en Centroamérica: primero, la de identificar un paso a través del istmo y, luego, una vez cerciorados que no existía tal cosa, la de construir ese paso aprovechando algunos de los numerosos ríos y lagos. Desde tiempos coloniales, la Corona española y los franceses (especialmente Napoleón III), exploraron posibilidades y barajaron opciones. En 1524, por ejemplo, Hernán Cortés le envió una carta al emperador Carlos V de España exponiéndole: “el que posea el paso entre los dos océanos podrá considerarse dueño del mundo”. Se pensó, entonces, en el istmo de Tehuantepec, ubicado en la estrecha cintura semidesértica y ventosa mexicana entre Oaxaca y Chiapas. También exploraron la posibilidad en el área caribeña de la actual Guatemala –en donde ahora se piensa hacer un canal seco–, que comunicara el lago de Izabal, Río Dulce y El Estor, con las tierras bajas de los actuales departamentos guatemaltecos de Zacapa, Jalapa y Santa Rosa en el Pacífico. En Honduras, en 1853 Ephraim G. Squire presentó a los accionistas de la compañía Honduras Interoceanic Railway el reporte preliminar sobre la ruta de construcción de un canal seco para ferrocarril interoceánico que uniría el golfo de Fonseca, en el Océano Pacífico, con la costa de La Mosquitia, en el Caribe.

Pero los dos sitios privilegiados para la excavación de un canal interoceánico, por sus condiciones naturales, fueron Nicaragua y Panamá. Durante mucho tiempo, fue el primero el que se privilegió como opción para localizar el “estrecho dudoso”, y pronto se entendió que éste debía ubicarse en el río San Juan, que actualmente sirve de límite entre los estados de Costa Rica y Nicaragua, y el lago

Nicaragua y Panamá son los dos países del istmo que han sufrido más directamente la constante presencia de los Estados Unidos en su historia



Cocibolca. De hecho, la ruta fue utilizada como canal seco, sobre todo durante la fiebre del oro en California, pues resultaba más rápido y menos dispendioso viajar desde Nueva York hasta el puerto de Greytown en el Caribe nicaragüense, atravesar el istmo por el río y el lago, hacer los últimos kilómetros en diligencia y embarcarse de nuevo hacia los Estados Unidos.

La ruta escogida por las potencias de la época, Francia primero y los Estados Unidos después, para construir el canal, fue sin embargo Panamá, posiblemente por la presencia de varios volcanes en la ruta que debía atravesar en Nicaragua, lo que predecía un riesgo telúrico inminente. Los dos canales interoceánicos, el real (construido en Panamá, y el virtual, que aún no se construye en Nicaragua) signaron toda la vida republicana de Centroamérica, pues convirtieron a la región en una zona vital para la seguridad nacional estadounidense que, como se sabe, ha hecho de ésta uno de los bastiones fundamentales de su política internacional.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la influencia y presencia norteamericana en la región es anterior al tema del canal. Cuando Centroamérica accedió a la independencia en 1821, las discusiones sobre la forma como debía organizarse el Estado (que en los primeros años incluía a lo que posteriormente serían cinco estados independientes) o el perfil que podía asumir su primera constitución, estuvieron permeadas por el modelo norteamericano. Criollos pro independentistas, como José Cecilio del Valle y Pedro Molina, por ejemplo, analizaron la experiencia emanada de la Revolución de Independencia norteamericana, una de las dos grandes revoluciones atlánticas, junto a la francesa, que dieron pie al nacimiento de la modernidad.

Pero el peso geoestratégico del canal puso el punto sobre la i, y ha sido la causa principal para que Centroamérica

esté incluida en el primer círculo del anillo de seguridad de los Estados Unidos, y siendo Nicaragua y Panamá los espacios privilegiados para construirlo, fueron los dos países del istmo que han sufrido más directamente la constante presencia de los Estados Unidos en su historia.

En el caso de Panamá, es claro que, aunque sepan rastrear en el tiempo hechos y procesos que pueden leerse, actualmente, como premonitores de la separación de Colombia a principios del siglo XX, el hecho determinante fue, sin lugar a dudas, la negativa del congreso de ese país a dar luz verde a la construcción del canal en su territorio, con lo que los Estados Unidos se vieron “forzados” a segregarse del país la porción del territorio en donde querían construirlo. Creado el estado panameño y construido el canal, la presencia norteamericana cristalizó en la Zona del Canal, un verdadero Estado dentro de otro Estado, que tuvo tal gravitación en el resto del país que la misma moneda panameña, el Balboa, prácticamente no circuló nunca, dejando que el dólar fuera la moneda en la que se realizaban todas las transacciones. Y Nicaragua, con su canal virtual, es decir, el que no se había construido pero podía construirse y que los Estados Unidos debían estar vigilantes para que tal cosa no sucediera, también vio su historia republicana encadenada a su destino de paso transistmico: en 1855 el norteamericano William Walker, bajo el hábito del Destino Manifiesto que se había convertido en mesiánica orientación de la política exterior norteamericana, invadió Nicaragua y dio pie a la Campaña Centroamérica contra los filibusteros, en la cual las cinco repúblicas unieron fuerzas para terminar expulsando, primero, y fusilando en Honduras, después, al aventurero y sus huestes.

Pero no fue esta la última vez que los Estados Unidos intervinieron groseramente en Nicaragua, pues la tónica durante todo el siglo XX fue su beligerante presencia: contribuyeron a derrocar a José Santos Zelaya, gobernante

liberal con veleidades nacionalistas en 1909 y ocuparon el país, manejando el cobro de impuestos, las aduanas y el Banco Central (hasta la guardia personal del presidente, que estaba conformada por Marines) hasta 1934, cuando la lucha de Augusto César Sandino logro echarlos, no sin que antes dejaran conformada la tenebrosa Guardia Nacional, comandada por Anastasio Somoza García, primer representante de una dinastía de dictadores que no sería derrocada sino hasta el triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional en 1979. Y como es harto conocido, con el presidente Ronald Reagan como principal adalid de la intervención, crearon, alentaron y financiaron a la contra revolución antisandinista, la cual desangró a la nación a tal punto que, exhausta, eligió en 1990 a la oposición, llevando a la presidencia a la señora Violeta Barrios de Chamorro.

Todos los años de vida independiente de Centroamérica han estado signados por esta omnipresencia norteamericana, la cual cristalizó de forma definitiva luego que desplazara, en el último decenio del siglo XIX y primero del XX, a la Gran Bretaña, que se había hecho con amplios y estratégicos territorios que permitían una buena posición para el control de la cuenca del Caribe en la costa de Honduras y Nicaragua, en donde había creado la ficción del Reino Mosco o de la Mosquitia, y mantenían el dominio sobre Belice. Guatemala, por ejemplo, sufrió un cruento golpe de Estado organizado y apoyado por la CIA en 1954, cuando en el marco de la Guerra Fría todo intento nacionalista en la región era visto con suspicacia. Ese golpe de Estado determinó toda la historia guatemalteca de la segunda mitad del siglo XX, que se vio envuelta en una de las guerras civiles más largas del continente, 36 años de enfrentamientos que no cesaron hasta 1996, cuando se firmó la paz entre las partes involucradas. Durante todo ese largo período de guerra, en el que se cometieron algunas de las mayores atrocidades de que se tenga memoria en el continente y que apenas empiezan a ser juzgadas en los tribunales guatemaltecos, los Estados Unidos alentaron y apoyaron al gobierno y al Ejército guatemaltecos; fueron un elemento central en el asesoramiento, la formación de cuadros, el apertrechamiento y el apoyo internacional y económico no solamente del Ejército sino también de los grupos paramilitares de extrema derecha que ayudaron a fundar y con quienes colaboraron. No hay país centroamericano que no haya sufrido las consecuencias de encontrarse en una región sensible para los intereses norteamericanos. Véase por ejemplo el caso de El Salvador, en donde sin su apoyo el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) habría seguramente derrotado al Ejército en la ofensiva de 1989.

Todo esto se encontró enmarcado en la Doctrina de Seguridad Nacional que le dio a cada país un lugar y un papel en las cuentas que sacaban sus intereses geoestratégicos. Aún Costa Rica, país sin Ejército y con

una larga tradición pacifista, ha tenido su lugar determinado en este tablero al constituir prácticamente una isla entre dos canales, el real y el virtual, el de Panamá y el de Nicaragua, lo que le otorgó a los ojos norteamericanos una importancia crucial como zona que debe mantener estabilidad política a toda costa, por lo que no ha dudado en transformarse en su principal sostén en períodos en los que el Estado costarricense se encontraba en apuros, como en 1982, cuando llegó a subvencionarlo con más de un millón de dólares diarios con tal que no se “contaminara” de la furia del combate que asoló al resto de Centroamérica en esa década. Ésta pasó, entonces, casi sin solución de continuidad, del colonialismo español al neocolonialismo norteamericano, y ese ha sido su sino a través de la historia. Los Estados Unidos no han actuado, sin embargo, solos, sino con la complicidad de los grupos dominantes locales, que han estado dispuestos siempre a jugar el papel de intermediarios, de centinelas, de socios menores de los intereses de la gran potencia.

¿Se puede hablar, en estas circunstancias, de independencia? Desde una perspectiva histórica, se puede sólo en algunos cortos tramos: en el período de los “diez años de primavera” guatemalteca entre 1944 y 1954; en los diez años de gobierno sandinista en la década de los 80. Incluso en la actualidad, cuando los sandinistas y el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) se encuentran en el poder político, hay que ser muy cuidadosos para emitir un juicio al respecto. De muy diversas formas, los Estados Unidos saben ejercer control y doblar la voluntad de los gobiernos que tienen líneas de pensamiento y acción que difieren de los suyos. En el caso salvadoreño, sólo para dar un ejemplo, la dependencia que ha desarrollado el país de las remesas que envían los migrantes salvadoreños es incuestionable, y la necesidad de evitar que se les deporte vuelve vulnerable su política internacional.

A 200 años de la independencia, los centroamericanos hemos sido protagonistas de las más humillantes manifestaciones de neocolonialismo, pero al mismo tiempo, y como reacción a tal situación, de gestos, acciones, hechos y procesos que nos han colocado en la vanguardia latinoamericana y mundial en la lucha por un mañana independiente y libre. ▣

Rafael Cuevas Molina (Guatemala, 1954). Profesor investigador guatemalteco del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Costa Rica; presidente de la Asociación por la Unidad de Nuestra América (AUNA-Costa Rica); escritor con ocho novelas publicadas; artista plástico con más de 15 exposiciones individuales. Ha publicado libros de ensayo sobre la cultura en Costa Rica, Guatemala y Centroamérica, el último con la Editorial Universidad Estatal a Distancia (EUNED) de Costa Rica: *Buscando el futuro-crisis civilizatoria y posneoliberalismo en América Latina*, junto a Andrés Mora. Tienen en prensa ambos autores en la misma editorial: *Latifundio mediático y resistencias sociales en América Latina*; una novela suya será publicada en el 2016: *Una mínima fracción del viento*.